

EL PROCESO INSTAURADOR DEL GOBIERNO COMUNISTA EN CHINA

A lo largo del siglo XIX, China, en igual medida que las otras regiones del mundo, sufrió el impacto de las formas de vida de Occidente, y, lo mismo que en otras naciones, este choque tuvo consecuencias duraderas. China era un país eminentemente agrícola, centraba su sistema social en la familia y el respeto al pasado; mientras que las naciones con las que entró en contacto estaban industrializadas, eran individualistas y habían hecho del progreso una religión. Ningún choque pudo haber sido más violento y dramático. Los chinos, convencidos de la superioridad de su sistema social, descubrieron que sólo podía ser defendido adquiriendo un poderío militar que, a su vez, exigía cambios fundamentales en el mismo sistema que trataba de proteger. Para salvar a su país de la dominación de Occidente les fué preciso sacrificar aquellas formas de vida que precisamente lo distinguían de éste.

La destrucción de los fundamentos éticos y sociales de la vieja China producirá en este país una inestabilidad política y una situación tan caótica, que tanto por su duración como por su intensidad no ha tenido paralelo en la historia de Occidente en los últimos tiempos.

Las fórmulas políticas que sucesivamente se ensayaron no gozaron nunca del apoyo general, y en ningún momento del período comprendido entre 1909 y 1950 pudo el Gobierno central dominar en forma efectiva todos los territorios que teóricamente formaban parte de China.

Pero el caos social evitó al pueblo chino sufrir la etapa de opresión colonial por la que en el siglo XIX pasaron casi todos los pueblos asiáticos, puesto que ninguna nación europea se sintió con fuerzas suficientes para intentar la conquista y la organización del país.

De esta forma, el imperialismo europeo se limitó en China a la ocupación de bases militares o a la obtención de concesiones comerciales que contribuyeron a irritar el sentimiento nacional, antes inexistente, atribuyéndose a Europa el origen de los males que sufría China.

Pero Occidente no sólo produjo una profunda conmoción en la organización política y social de China, sino también en la económica, ya

que al introducirse la organización capitalista de la economía europea no se emplearon las nuevas fórmulas crediticias en el fomento de la riqueza y en la industrialización de China, sino que se utilizaron en una especulación desenfrenada sobre las tierras, empobreciendo al campesino en tal forma, que al comenzar el segundo tercio del siglo XX era China, quizás, el único país del mundo en el que las condiciones de vida habían empeorado en los últimos quinientos años.

Esta masa campesina, empobrecida y explotada, va a ser una materia prima en condiciones óptimas para la recepción de cualquier idea revolucionaria, situación agravada por el hecho de que China ha carecido de todo elemento moderador, puesto que no existía una clase media urbana, que ha sido la base de las democracias de Occidente. Estos males eran los mismos que en menor grado afligían a Rusia; por ello, el triunfo de la Revolución en este país produjo honda impresión en China, buscándose en tal ejemplo solución a sus problemas internos.

* * *

En 1913, Yuan-Shih-Kai se proclama Emperador en Pekín. Entonces, la China del Sur, que por su mayor contacto con Europa había acogido mejor las ideas nuevas, se separa del Norte y encuentra en Sun-Yat-Sen su teórico y dirigente.

Este movimiento representa en China, lo mismo que los movimientos coetáneos en Europa Oriental, un intento de renovación nacional siguiendo los moldes occidentales; pero el interés de Occidente, y en esta categoría incluimos al Japón, se hallaba en una China desunida. De ahí que el movimiento de Sun-Yat-Sen contase desde el primer momento con la indiferencia, cuando no con la hostilidad, de los países occidentales. Carentes los revolucionarios de apoyo exterior, la guerra civil se eternizaba, cuando en 1920 la revolución comunista, triunfante en Rusia, se extendió hasta las fronteras chinas. El apoyo que el partido de Sun-Yat-Sen, el Kuomintang, no pudo encontrar en Occidente, le fué ofrecido espontáneamente por la Rusia soviética, y Sun-Yat-Sen, aun distando mucho de ser un comunista, lo aceptó sin reparos.

Los soviets enviaron a un representante, Joffe, quien en enero de 1923 hizo con Sun-Yat-Sen una declaración conjunta de colaboración chino-soviética. En ejecución de dicho acuerdo, Rusia envió a Cantón a Michael Borodin, que reorganizó el Kuomintang, siguiendo el modelo del partido comunista ruso, y al Ejército chino, según los moldes del Ejército rojo.

En el Ejército y en el Kuomintang colaboró el partido comunista chino, fundado en Shanghai en 1921, y de esta forma será China el primer país donde, casi desde su fundación, el partido comunista contará con un Ejército rojo y una participación en el Gobierno.

Sun-Yat-Sen murió poco después, y aunque nunca fué comunista y sólo aceptó la colaboración soviética como mal menor, pasará a representar para los comunistas un fundador colocado en pie de igualdad con Marx y Lenin, un medio para conseguir la colaboración de la opinión liberal china y el fundamento y justificación de la alianza con Rusia, que Sun-Yat-Sen preconizó en repetidas ocasiones.

Poco después de su muerte, el control virtual del Kuomintang pasará al generalísimo del Ejército del Sur, Chiang-Kai-Chek, uno de los oficiales que Borodin envió a Moscú, donde había contraído una gran enemistad hacia el sistema comunista.

En 1927, el Ejército del Sur ocupó Nanking y Shanghai, y en esta ocasión los europeos, que controlaban económicamente ambas ciudades, asustados ante el saqueo de Nanking por los comunistas, ofrecieron a Chiang el apoyo que pocos años antes negaron a Sun-Yat-Sen, y de esta forma consiguieron la ruptura entre el ala nacionalista y la comunista del Kuomintang.

Pero los comunistas, acostumbrados a recibir las órdenes de Moscú, se encontraron acéfalos, ya que Rusia era presa entonces de la discordia entre Stalin y Trostsky, y de esta forma no fué difícil al generalísimo destruir a la facción comunista, creyendo haber logrado la unificación de China.

El fracaso de la revolución en las grandes ciudades y de la colaboración entre comunistas y nacionalistas, hace que el comunismo cambie de táctica.

Bajo la dirección de Mao-Tse-Tsung, antiguo funcionario subalterno en el Departamento de Asuntos Campesinos del Gobierno de Cantón, el comunismo chino va a tomar un matiz agrario.

Si en la primera época de colaboración con el Kuomintang, Moscú ejerció un control absoluto sobre el partido comunista chino a través de su cancerbero, el hindú Roy, en la nueva etapa, aislados en el distrito pobre y rural de Kiangsi, estos lazos con Moscú se debilitan, la táctica varía: ya no se tratará de llevar a cabo la revolución entre las masas obreras de las ciudades, sino atraerse a los campesinos por el reparto de las tierras.

¿Era ésta una política que Lenin hubiera condenado? No parece probable. La reforma agraria va a ser en todos aquellos países donde domina el comunismo un recurso táctico para la conquista del Poder y un medio para conseguir el apoyo de las masas campesinas, que luego será olvidado una vez que los comunistas se asienten firmemente en el Gobierno. Además, y por las mismas razones que en China, es ésta la política de la N. E. P., que realiza Moscú en los primeros años del Gobierno de Stalin.

El partido comunista chino, escarmentado de su experiencia anterior,

se cierra en su aislamiento, y mientras así suceda, no será más que un problema local, uno de tantos que afligen a China.

Pero al socaire de la crisis mundial, Gobiernos totalitarios de distintos matices se apoderan del poder en Europa y Asia, y Moscú, en el VII Congreso mundial de la Komintern, acuerda adoptar la táctica de los frentes únicos con los partidos democráticos. En Europa se formarán contra la amenaza fascista; en Asia, contra la amenaza japonesa; pero mientras que en los pueblos europeos, de una mayor formación política, estas alianzas se vieron siempre con desconfianza, en China se va a presentar como una panacea para el debilitado partido comunista.

En 1934, Chiang ha conseguido destruir a las fuerzas comunistas, y sus restos, tras un éxodo de 12.000 kilómetros, se establecen en una zona desierta y desolada del Norte de China, en Yenán. Pero al preconizarse por la Komintern la creación de los frentes únicos, el partido comunista chino exhibe su política antijaponesa y recuerda que en 1932, cuando los japoneses invaden Manchuria, mientras Chiang trata de conseguir la unidad interna por luchas civiles, el Gobierno provisional de la República Soviética China ha declarado la guerra al Japón en un curioso telegrama circular, cuya existencia pasó entonces desconocida.

La postura que adopta el partido comunista chino es extraordinariamente popular: apela a los sentimientos patrióticos de todo el pueblo chino, no a la revolución, y no vacila en presentar a Chiang-Kai-Chek como un hombre vendido al invasor.

La postura comunista cunde, obtiene el apoyo de amplios sectores del pueblo chino, y cuando Chiang-Kai-Chek marcha a Siam, en diciembre de 1936, el gobernador de la zona, Chang Hsueh Liang, antiguo señor feudal de Manchuria y conoedor por propia experiencia de la amenaza japonesa, lo detiene y consigue que acepte la colaboración comunista, en la que los rusos obraron como muñidores, ya que los comunistas, resentidos por la represión que de sus colaboradores había hecho Chiang, deseaban su muerte.

Además, ya en los meses anteriores habían hecho al Gobierno del Kuomintang diversas proposiciones de paz para unir las fuerzas contra el enemigo común: este enemigo, el Japón, inquietaba ya a los Estados Unidos, de forma que en esta nación, y no obstante su ideología radicalmente distinta, se mirará con simpatía a los comunistas chinos a partir de este momento, siendo las consecuencias de tal actitud decisivas para la historia del mundo. Es interesante examinar con detalle cómo evolucionó de tal forma la política del comunismo chino, que logró consumir un engaño de gigantesca magnitud.

Los comunistas aceptaron las condiciones que el Kuomintang impuso a su colaboración: suspendieron las expropiaciones de tierras, declararon abolida la República Popular e integraron el Ejército rojo en el del Gobierno central.

El 7 de julio de 1937 comenzó la guerra chino-japonesa, y el 22 de septiembre Chiang-Kai-Chek aceptó la colaboración comunista.

El Ejército rojo, teóricamente disuelto, se convirtió en el Ejército de la octava ruta, dependiente, en el papel, del Gobierno central.

Fugitivo el Gobierno a Hankow, con él colaboran estrechamente los comunistas, que aprueban el «programa de resistencia armada y reconstrucción nacional» adoptado por el Kuomintang en 1938. Uno de los más destacados miembros del Gobierno de Yenán, Chou En Lai, es nombrado miembro del Presidium del Kuomintang y viceministro en el Gabinete de guerra de Chiang-Kai-Chek.

A partir del traslado del Gobierno a Chung-King, en 1939, estas relaciones se enfriaron, y se convirtieron en guerra civil abierta a partir de la rendición del Japón; pero hasta julio de 1947, fecha en que el Kuomintang declaró a los comunistas en rebelión abierta, subsistieron en China dos sistemas, entre los que regía una armonía teórica.

El Gobierno de Chung-King, conforme avanza la guerra, va siendo presa de una creciente corrupción administrativa, que paraliza al país y hace ineficaz la labor de resistencia al Japón. Los numerosos militares norteamericanos (unos 70.000) destacados en la China nacionalista observan el defectuoso funcionamiento de su máquina administrativa y traen a su país una visión sombría del gobierno de Chiang, al que presentan corrompido, ineficaz en la administración y sin querer ni poder luchar contra el Japón. Mientras que, por el contrario, la labor realizada por los comunistas chinos con el fin de mostrar a su zona como el reverso de la medalla es una obra maestra en la historia de la propaganda universal.

En 1945 el mundo entero se hallaba convencido de que los chinos comunistas son auténticos demócratas progresistas, mientras que el Kuomintang resultaba una supervivencia totalitaria.

En esta postura norteamericana existió, muy probablemente, un prejuicio psicológico inicial: la comparación que inconscientemente realizaron todos los americanos que visitaron Yenán en los años de la guerra entre la revolución comunista y la revolución mejicana, como indudablemente ocurrió con el general Hurley, embajador en Chung-King, que intentó mediar entre ambas facciones, puesto que pocos años antes fué miembro de la Comisión que negoció con Méjico la solución de la expropiación de las Compañías petrolíferas. Ambas revoluciones eran agrarias, en ambas existía inspiración soviética, y, sin embargo, en 1945 Méjico distaba bastante de ser un Estado comunista y mantenía excelentes relaciones con su vecino del Norte.

Pero, además, el partido comunista varía de hecho, y por razones oportunistas, su sistema económico y político. El económico, al suprimir las expropiaciones de tierras, limitándose a rebajar las rentas y repartiéndolo tan sólo las propiedades de los terratenientes que colaboraban

con el Japón; el político, al instaurar gobiernos locales de carácter tripartito, en los cuales un tercio de los funcionarios pertenecían al partido comunista, otro tercio al Kuomintang y un último tercio pertenecía a otros grupos o carecía de filiación política.

El Kuomintang aprobó este sistema en sus primeros tiempos; luego lo repudió, acusando de renegados a los supuestos miembros del Kuomintang. De hecho, poco importaba que los comunistas poseyesen más o menos de un tercio de representantes en los gobiernos regionales; ellos constituían en todo caso el único grupo organizado y con un programa coherente (1). Esta política fué bautizada por los comunistas con el nombre de la «Nueva Democracia», que postulaba el apoyo de la clase media contra el invasor japonés.

El éxito de esta táctica fué completo: en el interior, porque atrajo a las minorías intelectuales; en el exterior, porque contó con el apoyo norteamericano.

Este apoyo lo justificaban los sinófilos en la efectividad del esfuerzo bélico de los comunistas chinos en la guerra contra el Japón. La actividad de los comunistas en este campo fué extraordinariamente brillante, pero su influencia positiva en el desarrollo de la guerra contra el Japón fué prácticamente nula.

En 1937 los comunistas dominaban una zona de 1.500.000 habitantes y 75.000 kilómetros cuadrados, y en el verano de 1944, cerca de un millón de kilómetros cuadrados y 90 millones de habitantes, que en su casi totalidad se hallaban en territorio teóricamente bajo ocupación japonesa.

Pero en lo que a su aportación bélica se refiere, tuvo una importancia muy secundaria. El diputado norteamericano Mansfield, a su vuelta de China, en enero de 1945, exponía en su informe al Congreso que «las dos facciones están mucho más interesadas en conservar sus propias posiciones que en combatir a los japoneses, porque ambas creen que América garantizará la victoria».

Las zonas ocupadas por los comunistas fueron, en su mayoría, aquellas que dejaba desguarnecidas el Ejército japonés de ocupación, poco numeroso en relación con el espacio que había de defender; de ahí que las ganancias espectaculares de territorio realizadas por los comunistas chinos no guardasen relación con los resultados tácticos obtenidos. Después de la guerra pudo comprobarse que el número de muertos japoneses a manos de los guerrilleros comunistas no pasó de 50.000, cifra inferior a la de algunas batallas insulares de la guerra del Pacífico.

Sin embargo, la aportación de los guerrilleros se consideró preciosa por las autoridades militares norteamericanas, que en el verano de 1944 establecieron una misión militar en Yenán, dirigida por el coronel Bar-

(1) THEODORE H. WHITE Y ANNALEE JACOBY: *Thunder out of China*. New York, 1946

ret, una persona nada sospechosa de comunismo; pocos meses antes habían visitado las zonas de ocupación comunista los primeros periodistas norteamericanos.

Los informes de los distintos visitantes de Yenán diferían en su juicio sobre la política interna seguida por los comunistas, pero eran unánimes en afirmar que la influencia rusa parecía inexistente. En Yenán no existían más rusos que algunos periodistas de la agencia Tass, que habían llegado con visado nacionalista chino. La Unión Soviética no enviaba ayuda militar de ninguna clase, y en los lugares públicos desaparecieron los retratos de Marx y Lenin para ser sustituidos por los de Roosevelt, Churchill y Chiang-Kai-Chek, y el de Stalin figuraba solamente como el de uno de los grandes jefes aliados.

Tales son los informes que traen a los Estados Unidos los observadores superficiales de la realidad de Yenán. Sin embargo, cualquier examen más detenido muestra un Partido sin fisuras y sujeto a la más rigurosa ortodoxia comunista. En Yenán no existían tendencias opuestas en el seno del Partido; los jefes son los mismos que quince años antes han organizado la resistencia contra el Kuomintang, es decir: Mao-Tse-Tung, Chu-Teh y Chou-En-Lai.

Sin embargo, la apariencia es muy otra. En el programa electoral del partido comunista para las elecciones del Consejo Político Popular en 1941 se preconizaba la colaboración con Chung-King, el respeto a los grupos no comunistas; se garantiza la propiedad de sus tierras a los propietarios de aquellas regiones donde los comunistas no han efectuado la reforma agraria, la igualdad política de todos los habitantes, la protección a los chinos de ultramar, e incluso se promete protección a los extranjeros que se establezcan en la zona comunista con móviles industriales, culturales o misionales.

Mao-Tse-Tung condensa la nueva política en un discurso ante el VII Congreso del Partido Comunista Chino en abril de 1945: «Sería locura hablar de socialismo sin haber conseguido previamente un Estado nuevo democrático y unido, con una economía privada sana y de base capitalista; con una democracia militar, científica, cultural y popular, en la que cientos de millones de seres hayan realizado una individualidad; puesto que no es posible establecer el socialismo sobre las ruinas de una China colonial y semifeudal.» El comunismo como fin último no se ha abandonado; pero, al igual que en los programas de la socialdemocracia, queda relegada su realización a un futuro muy remoto.

Sin embargo, son los años en que Mao, según nos relata su íntimo asociado Chen-Po-Ta, encuentra tiempo para leer los escritos de Stalin, y en que Liu-Shao-Chi, el principal teórico del comunismo chino y secretario general del Partido, expresa la posición de éste en un opúsculo titulado *Nacionalismo e Internacionalismo*: «Los movimientos nacionalistas en los países coloniales y semicoloniales deben fomentarse por

sus posibilidades revolucionarias. Tales movimientos son importantes en la destrucción del imperialismo; en consecuencia, el problema del nacionalismo no está solo; es una faceta del problema general de la revolución proletaria, a la que debe subordinarse.» Opinión que se encuentra dentro de la más pura ortodoxia leninista.

Los comunistas explotan, además, ante los aliados occidentales la colaboración que su movimiento había recibido de algunas individualidades como el cirujano canadiense Norman Bethune, cuyo nombre emplean como fachada para conseguir la simpatía de las democracias. Mientras que sus dirigentes realizan declaraciones a la prensa americana haciendo afirmaciones de fidelidad democrática.

Chu-Teh afirma a H. Forman que los comunistas chinos no vacilarán en apoyar a Chiang si éste realiza una China democrática, con elecciones libres y colaboración de todos los partidos políticos, y entre ellos el Kuomintang, que básicamente es una organización sana. Mientras que Mao-Tse le afirma «no luchar por un comunismo social y político como el de la U. R. S. S., sino por la liberación de los oprimidos en la misma medida que Lincoln en los Estados Unidos», llegando a afirmarle que los comunistas chinos acogerían favorablemente las inversiones industriales o comerciales extranjeras en las áreas bajo control comunista (2).

Esta actitud del comunismo tuvo como consecuencia que los observadores norteamericanos lo miraran sin desconfianza y que en todo momento intentaran obtener para él apoyo militar americano, ya que no recibía ayuda rusa, encontrándose armados los ejércitos comunistas con material capturado a los japoneses.

Estas gestiones no plasmaron en nada efectivo, como tampoco obtuvieron resultado los intentos de mediación entre comunistas y nacionalistas que emprendieron los sucesivos embajadores americanos, no obstante la opinión que había sustentado el general Marshall de que en el partido comunista existía un ala liberal capaz de colaborar con los elementos liberales del Kuomintang.

De todas formas, en las postrimerías de la guerra mundial el comunismo chino no obra ante el exterior como un Gobierno independiente de Chung-King, sino como un partido más dentro de China. Al convocarse la Conferencia de San Francisco, Chou-En-Lai se dirigió al general Hurley, embajador americano, solicitando que asistiese a la conferencia una representación comunista china, pero no a título independiente, sino integrada en la delegación del Gobierno de Chung-King, con el mismo título que en las delegaciones inglesa o norteamericana en la citada conferencia tomaban parte representantes de los distintos partidos políticos. De esta forma, al concluir la guerra mundial las re-

(2) HARRISON FORMAN: *Report from Red China*, pág. 179. New York, 1945.

laciones del comunismo chino con los aliados occidentales parecían ser cordiales, la influencia soviética en el Gobierno de Yenán parecía nula y su política interna parecía evolucionar hacia un socialismo templado.

Es también la época de intensa colaboración entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, colaboración que, hasta la crisis de Trieste en 1946, se creyó que podía ser duradera. Para conseguir dicha colaboración, era necesario resolver algunos problemas, y, entre ellos, el chino era uno de los de mayor magnitud. Para resolverlo, Hurley visitó Moscú en dos ocasiones, manteniendo conversaciones oficiosas con los dirigentes soviéticos.

La primera vez, en agosto de 1944, en la que, por ausencia de Stalin, trató con Molotov, que le afirmó terminantemente la abstención de la Unión Soviética en los problemas internos de China. La segunda vez, en abril de 1945, Hurley conferenció directamente con Stalin, y éste estuvo mucho más reticente que Molotov.

Es evidente que en Moscú se consideraba en aquella época a los comunistas chinos como muy débiles para poder ocupar el Poder a corto plazo, por lo que se prefiere tratar con el Gobierno central. A los pocos días de haber prometido los aliados occidentales a Chiang-Kai-Chek, en la conferencia del Cairo, la unificación de China, claudican ante Stalin en Teherán, prometiendo la restauración de los antiguos privilegios de la Rusia zarista en el ferrocarril transmanchuriano si colaboran en la guerra del Japón, promesas que se concretaron en Yalta.

Estas decisiones no fueron comunicadas al Gobierno nacionalista chino, de modo que cuando sus delegados marcharon a Moscú a negociar un acuerdo con Rusia en el verano de 1945, no pudieron sino asentir a lo acordado en la Conferencia de Yalta.

El Tratado se firmó el 14 de agosto de 1945, en el momento en que cesaban las hostilidades en el Pacífico, siendo acogido con gran entusiasmo por los nacionalistas, ya que creyeron encontrar en él una garantía contra ulteriores demandas soviéticas.

La impresión debió ser muy diferente en el campo comunista, ya que se reconocía como Gobierno legal de China al del Kuomintang; pero si tal fué la reacción, públicamente se expresaron de diferente forma, ya que la prensa y radio comunistas coincidieron en su alabanza del Tratado.

Sin embargo, la Embajada norteamericana en Moscú advirtió a los pocos días de su firma que no se debía incurrir en el peligro de creer en la observancia de su espíritu o su letra por los rusos.

Los acontecimientos de los meses subsiguientes demostraron la exactitud de esta opinión. A los pocos días de concluída la guerra, un general soviético visita Yenán y comunica públicamente a las autoridades comunistas que los rusos impedirán su entrada en Manchuria; no obstante lo cual, a los pocos días se iniciaba el éxodo de las fuerzas comunistas

hacia Manchuria, donde recibieron el armamento capturado por los rusos a los japoneses y establecieron su principal centro de resistencia en la guerra civil. La actitud soviética con las fuerzas nacionalistas fué harto diferente, impidiéndoles el uso del puerto de Dairen, cuyo arriendo les había cedido en el Tratado de Moscú, para llevar refuerzos a Manchuria.

Con las fuerzas soviéticas llegaba también Li-Li-San, hombre de la confianza de Moscú, donde había estado emigrado veinte años, y que ahora pasará a ser uno de los dirigentes del partido comunista chino para mantenerlo dentro de la ortodoxia staliniana.

* * *

Al producirse la capitulación del Japón, los norteamericanos facilitaron a las fuerzas nacionalistas los medios de transporte necesarios para ocupar las ciudades antes en manos japonesas.

Sin embargo, los Estados Unidos no abandonaron su papel mediador entre los dos bandos, cuyas relaciones son ahora de guerra civil abierta.

El general Marshall consiguió en dos ocasiones que comunistas y nacionalistas acordasen una tregua, garantizando la seguridad de Mao-Tse-Tung cuando éste visita Chung-King en la primavera de 1946. Pero en este mismo año se va a producir un viraje en la política exterior comunista, que coincide con la época en que Moscú acaba su política de colaboración con Occidente.

Los ataques a la política norteamericana en China se basaron en pretextos de índole nacionalista: su apoyo a la independencia japonesa, su apoyo financiero al Kuomintang y, sobre todo, el mantenimiento en China de contingentes de fuerzas de infantería de marinería estadounidense.

Los primeros ataques los dirigieron simultáneamente los órganos de propaganda del Partido en Moscú y Yenan en julio de 1946, y pocos días después comenzaron a producirse incidentes entre los infantes de marina y los guerrilleros rojos; el principal de los cuales fué el ataque a un convoy motorizado norteamericano entre Pekín y Tientsin. En octubre se verificaron manifestaciones masivas en Harbin y Tsíntsinar pidiendo la retirada de las fuerzas norteamericanas de China y protestando por su intervención en los asuntos internos de la nación. Poco después, comenzaron los americanos a evacuar su personal militar de China. También atacaron los comunistas el apoyo financiero norteamericano al Gobierno del Kuomintang y la política exterior seguida por éste, declarando Chou-En-Lai, en su memorándum de 1 de febrero de 1947, que la China comunista no reconocería aquellos Tratados suscritos por el Kuo-

mintang después del 10 de enero de 1946 (fecha de la primera tregua). También estos ataques se vieron acompañados por el éxito, y los norteamericanos suspendieron la ayuda financiera y militar a la China nacionalista, para volver sobre sus pasos demasiado tarde. Cuando en abril de 1948 el Congreso norteamericano aprueba la renovación de la ayuda económica a China, ésta se ejecuta con lentitud y en pequeña escala, mientras que el 5 de agosto de 1949, al publicarse el «Libro Blanco», el Gobierno norteamericano declara desentenderse del destino del Gobierno nacionalista. Y esta política culmina cuando el 5 de enero de 1950 Truman declara que la isla de Formosa carece de interés estratégico para los Estados Unidos, y que éstos no la defenderán de un posible ataque comunista.

* * *

La transformación interna que China experimentó en pocos meses bajo el dominio comunista fué indudable. Arthur Moore (periodista inglés que visitó Pekín representando al *Hindustan Times*, de Nueva Delhi), en una serie de artículos publicados en el *New York Times*, en febrero de 1951, ya avanzada la guerra de Corea, afirma, mientras critica la política exterior del nuevo régimen, que «la impresión general producida por una visita de un mes a la China comunista, es que se halla incomparablemente mejor que bajo el Kuomintang». Por primera vez en muchos años, China posee una moneda estable y tranquilidad interna (3). Esto no deja de atraer a los otros pueblos asiáticos, y el nuevo régimen chino encuentra en Nehru un ferviente admirador: «Un nuevo régimen —dice Nehru— se ha establecido en China; puede gustarnos o no, pero debemos reconocer este renacimiento de una gran nación consciente de su fuerza.»

China avanza por el camino de las reformas sociales, pero se está lejos del comunismo integral. Se han nacionalizado la industria pesada, las minas, los bosques, las centrales eléctricas y las plantaciones de té, morera y aceite de tung; las compañías extranjeras, aunque sujetas a estricto control, no sufren todavía la expropiación, con excepción de las que son propiedad norteamericana, muchas de las cuales fueron incautadas en diciembre de 1950; con esta fecha se expropiaron también todas las organizaciones culturales, sociales y religiosas financiadas por los Estados Unidos.

Sin embargo, la política agraria sigue siendo la base del régimen comunista chino. En 1947 se decreta, con carácter general, la partición de las tierras, y, en consecuencia, la masa campesina apoya al nuevo Gobierno; una oposición eficaz al nuevo régimen, afirman los

(3) Chou-En-Lai declara en marzo de 1951 que desde octubre de 1943 los Ejércitos comunistas han dado muerte en acción de guerra a más de un millón de contrarrevolucionarios.

observadores occidentales, sólo podrá producirse en caso de que varíe la política agraria seguida hasta ahora por los comunistas o si la intervención rusa en la China comunista se hace más abierta e irritante que en la actualidad.

* * *

Pero si China en el plazo de pocos años ha transformado su fisonomía interna, un cambio aún más radical se ha verificado en su política exterior.

La primera muestra de este cambio fué el memorándum de Lu-Ting-Yi, jefe de información del partido comunista chino, que en 1947 declaró que la política exterior de la China comunista debía propugnar la alianza con la Unión Soviética, denunciando a los americanos como herederos y seguidores de los fascistas alemanes e italianos; por ello, si en su política interna el comunismo chino no ha vacilado, al menos hasta ahora, en pactar con la clase media, la situación es muy distinta en lo que a la política exterior se refiere, puesto que desde 1947 la China comunista ha adoptado una postura de clara y decidida alianza con la Unión Soviética. Fué este país el primero en reconocer al nuevo régimen chino a los pocos días de su proclamación, siguiendo su ejemplo los países satélites.

La coordinación en la política exterior de Rusia y China plasma en el Tratado de amistad y alianza que se firma en Moscú el 14 de febrero de 1950.

El Tratado posee un indudable valor propagandístico, ya que su texto no nos muestra a una China obediente al Kremlin; sin embargo, su valor lo rebajaríamos un tanto si tenemos en cuenta que es muy similar a los firmados entre la Unión Soviética y los países satélites de la Europa oriental, cuya dependencia a Moscú es conocida.

Por el Tratado de 1950, Rusia renuncia a sus derechos especiales en el ferrocarril de Chang-Chun y en los puertos de Dairen y Port-Arthur, con lo cual los rusos tratan de demostrar que tales concesiones, obtenidas del Gobierno nacionalista en 1945, no representaban un interés imperialista por su parte, sino simple desconfianza hacia el régimen de Chiang-Kai-Chek.

Pero contiene también el Tratado una interesante cláusula de colaboración diplomática entre ambos países: La Unión Soviética apoyará militarmente a China «para oponerse al renacimiento del imperialismo japonés y a la renovación de la agresión por el Japón o todo Estado asociado a él».

El mismo día se firmó un acuerdo económico, por el que la U. R. S. S. prometía un empréstito al nuevo régimen.

El apoyo diplomático de la Unión Soviética a la China comunista ha sido muy intenso, pero, hasta ahora, poco fructífero, ya que la

U. R. S. S. no ha conseguido la admisión de la China comunista en la O. N. U. y tampoco ha podido impedir la aprobación de medidas contra la China comunista, declarada agresora por su intervención en Corea.

El apoyo económico soviético se cifraba en 300.000.000 de dólares norteamericanos. En la misma fecha se firmó un canje de Notas, por el que Rusia se comprometía a devolver a China las instalaciones que los Soviets retiraron de Manchuria en 1945.

Pero el aspecto aparentemente favorable del Tratado y las concesiones rusas distan bastante de coincidir con la realidad práctica.

Manchuria, la antigua aspiración del imperialismo zarista, sufre hoy una creciente influencia rusa. Su Gobierno es autónomo del Gobierno de Pekín, y especial merecedor de la confianza del Kremlin, habiendo enviado representantes autónomos de los del Gobierno central a la firma del Tratado de Moscú; el lenguaje ruso es de enseñanza obligatoria en las escuelas; la propiedad privada de la tierra desaparece rápidamente, y el Gobierno autónomo ha concluido Acuerdos comerciales con Moscú, con independencia del Gobierno central. La política rusa parece consistir en hacer de Manchuria una segunda Mongolia, teóricamente independiente, prácticamente sometida a sus directivas.

Igual política siguen los rusos en el Sin-Kiang, donde existen fuerzas rusas de ocupación; pero la situación se agrava en esta región, debido a que sus habitantes no son de raza china, como los de Manchuria, sino turcos, y, por lo tanto, más afines a los habitantes de las Repúblicas soviéticas del Asia Central que a los de la China propia, con la que existen, además, escasas comunicaciones.

Ya hace veinte años se planteó el problema del Sin-Kiang entre Rusia y los chinos comunistas, pero en el futuro es probable que, aún más que Manchuria, se separe del Gobierno central chino.

Pero mientras que no es difícil para la Unión Soviética proceder a una paulatina ocupación de las provincias exteriores de China, no es probable que, al menos en fecha próxima, su influencia en el territorio de la China propia sea demasiado intensa. La propaganda prorrusa es grande; en Pekín se ha creado un «club de amistad chino-soviética» que, en julio de 1950, decía poseer 2.000.000 de afiliados; los libros sobre la U. R. S. S. se venden en grandes cantidades a bajo precio, y los periodistas o escritores que se atreven a criticar a la U. R. S. S. son depurados. En China, a partir de la guerra de Corea, han empezado a aparecer numerosos consejeros rusos, supuestos técnicos, venidos a industrializar China, pero cuya función es probablemente similar a la que en los orígenes del comunismo chino tuvieron Blucher o Borodin.

La influencia rusa no ha cesado de crecer desde 1945, pero ha sido llevada a cabo en forma magistral y solapada.

Mientras los observadores norteamericanos tan sólo actuaban en Nanking, cerca de los órganos supremos del Kuomintang, los agentes sovié-

ticos intervenían en todos los grados de la política y la milicia de la China comunista, debido al empleo de individuos que, aunque ciudadanos rusos, eran de raza amarilla, con lo que su presencia pasaba inadvertida.

La dirección de la infiltración rusa corrió a cargo del teniente coronel Andreiev, cuyas actividades bordean los límites de lo fabuloso. Este oficial soviético vivió en Shanghai durante la ocupación japonesa como supuesto emigrado blanco, para convertirse, en 1945, en agregado militar de la Embajada rusa.

Utilizando como fachada el «Moscow-Narodni Bank», de Shanghai, crea, mediante el empleo de los emigrados políticos rusos (40.000, aproximadamente, en China), a los que se ofrece la amnistía y la recuperación de su nacionalidad, una magnífica red de espionaje dentro de los servicios americanos en la China nacionalista (en las que estaban empleados muchos rusos blancos).

A fines de 1945 se organizaron en Shanghai los sindicatos, cuyo auténtico dirigente pasó a ser un ruso comunista de lengua china, Joseph Kissen. Se infiltraron también en las organizaciones secretas del Kuomintang y principalmente en el Tai-Si, cuyo fin principal era la destrucción de los enemigos del Kuomintang en las colonias chinas de ultramar. Destruído el poderío del Kuomintang, los comunistas han conservado el control del Tai-Si, utilizando como rehenes a los familiares de sus miembros, siendo hoy en día esta organización uno de los pilares de la revolución comunista en el sudeste de Asia.

Como vemos, la intervención en China no ha podido ser más sutil y menos ofensiva para la dignidad del pueblo chino, profundamente nacionalista.

En 1948 y 1949 las naciones occidentales trataron de consolarse del triunfo del comunismo en China, pensando que se separaría de Moscú en la misma forma en que lo realizó Yugoslavia. Estas ilusiones han desaparecido hace largo tiempo.

El Comité Central del partido comunista chino condenó el 10 de julio de 1948 la herejía de Tito, y hoy se traduce a Mao-Tse-Tung al ruso, mientras *Pravda*, en un artículo publicado el 18 de diciembre de 1950, lo coloca en pie de igualdad con Lenin y Stalin entre los grandes teóricos del comunismo, honor que hasta la actualidad no ha merecido ninguno de los dirigentes comunistas de Europa. Por todo ello, Acheson, al ser interrogado en junio de 1951 por la Comisión senatorial que investigaba la destitución de Mac Arthur, declaró terminantemente que en China no existía el titismo.

LUIS MARIÑAS OTERO,
Secretario de Embajada.

BIBLIOGRAFIA

- ALBERT Z. CARR: *Truman, Stalin and Peace*. Nueva York, 1950.
- C. M. CHANG: *Communism and Nationalism in China*. «Foreign Affairs». Nueva York, julio 1950.
- China's economic strength*. «The Economist». Londres, 10 y 17 de marzo 1951.
- HARRISON FORMAN: *Report from Red China*. Nueva York, 1945.
- E. M. GULL: *Agrarian Reform in China*. «The Contemporary Review». Londres, enero 1951.
- HU SHIN: *China in Stalin's grand strategy*, «Foreign Affairs». Nueva York, octubre 1950.
- LENNOX A. MALLS y colaboradores: *The New World of Southeast Asia*. University of Minnesota, 1949.
- Major problems of U. S. Foreign Policy 1950-1951*. Washington, 1950.
- ON PE: *China's Foreign Relations during the Past Year*. «China Monthly Review». Shanghai, octubre 1950.
- NATHANIEL PEPPER: *China in the long haul*. «Harper's». Nueva York, abril 1950.
- JOHN RAMNEY y GWENDOLEN M. CARTER: *The major Foreign Powers*. Nueva York, 1949.
- U. S. Relations with China, with special reference to the period 1944-49, based on the files of the Department of State*. Washington, 1949.
- THEODORE H. WHITE y ANNALEE JACOBY: *Thunder out of China*. Nueva York, 1946.



III. - CRONOLOGIA INTERNACIONAL

